



# «EL CAMINO»

*«La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma»  
(Hech. 4,32)*

Servicio informativo del Instituto y de la Legión de Cristo Rey

Nº 53 - Número extraordinario  
23 de marzo de 2009

En este número extraordinario, publicamos la carta histórica de S.S. Benedicto XVI a los Sres. Obispos de todo el mundo con ocasión de la remisión de la excomunión de los obispos ordenados por Mons. M. Lefèbvre.

Nuestro Padre Fundador José Luis Torres-Pardo, fiel a su amor incondicional al Santo Padre, ha escrito una introducción, para que todos sus hijos tomemos conciencia de la importancia de dicha carta.

Por último, publicamos la carta personal que le enviara nuestro Padre a Su Santidad, en nombre propio y de todos los miembros del Instituto y Legión de Cristo Rey.

---

## CARTA HISTÓRICA

de nuestro amadísimo Santo Padre Benedicto XVI dirigida a los “Queridos hermanos en el ministerio episcopal” (10 de marzo de 2009), sobre la **remisión de la excomunión** a los cuatro obispos consagrados por el arzobispo Lefèbvre.

¡Es una carta “sin precedentes”, inspirada por Dios y escrita con sangre!

“Se desencadenó así -dice el Papa- una avalancha de **protestas**, cuya amargura mostraba heridas que se remontaban **más allá** de este momento”.

Lo más grave no es el ataque proveniente de los “medios” (como es habitual y notorio), sino las críticas infundadas, malintencionadas y destructivas (abiertas o encubiertas) contra el Papa de Roma, en el seno mismo de la Iglesia, que tanto daño y escándalo causan a tantas almas sencillas, “sin voz ni voto”...

El Santo Padre con la sabiduría, la humildad, la caridad y la valentía que le caracterizan, llega a escribir estas tremendas palabras inobjektables:

“...Me ha entristecido el hecho de que también **los católicos**, que en el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado que debían **herirme**, con una **hostilidad** dispuesta al **ataque**...”

¡Cuánta razón tenía Monseñor Adriano Bernardini (**Nuncio Apostólico** en Argentina), durante una Misa celebrada en Buenos Aires, el pasado día 10; durante su homilía dijo textualmente estas incisivas palabras:

“¡Quién puede negar que también hoy existe esta doble carcoma (la incoherencia y la hipocresía), que con tanta frecuencia roe la vida de los Pastores, quitando la **credibilidad** de su testimonio...!”

No faltan voces “intraeclesiales” que han llegado a la ridiculez de **contraponer dialécticamente** a Benedicto XVI con Juan Pablo II, como si el primero viniese a deshacer lo que estableció el segundo (¡)

¿Quiénes se creen que son? ¡mejor harían en callarse la boca, obedecer de corazón y rezar para que la pesadísima cruz que Cristo colocó sobre los hombros de nuestro anciano Sumo Pontífice le resulte un poco más llevadera!

Existen también muchos católicos que en nombre de una mal entendida “prudencia” (léase: cobardía, complicidad o complejo de inferioridad frente al mundo) han optado cómodamente por **callarse**, a tono con lo “pastoralmente correcto”...

Estos tales no injurian públicamente al Santo Padre, es cierto, pero tampoco le apoyan ni le defienden, como corresponde a hijos bien nacidos de un Padre, que, como el buen Pastor, da la vida por las ovejas...

¡Cuántas veces desde hace tantos años no poco católicos (clérigos y laicos) en nombre (mejor sería decir: “con pretexto”) del “Concilio”, siguen predicando, enseñando y actuando contra el **espíritu** y la **letra del auténtico Concilio**, difamando al Santo Padre y - como diría San Pablo- “resistiendo al espíritu Santo”!

¡Si todos tomásemos **en serio** el Concilio (interpretado y actualizado por los últimos Romanos Pontífices) nuestra amadísima Santa Iglesia tendría, sin duda, más credibilidad y fecundidad evangelizadora!

Se oye hablar mucho de “amor”, de “comprensión”, de “espíritu ecuménico”, de “diálogo interreligioso”, de “eclesiología de comunión”, etc. etc.... ¡pero **no para todos!**, como es el caso de los cismáticos “lefebristas”, a quienes Benedicto XVI, en un gesto conmovedor de paciencia y misericordia (aunque exigiéndoles las debidas **condiciones**) ha tendido la mano para rescatarlos e integrarlos en la unidad plena del “*sentire sub Petro, cum Ecclesia*”.

Orgullosos de haber llegado a una “fe adulta” (acorde con la “post-modernidad”) hemos olvidado o despreciado aquellas sapientísimas palabras del gran San Agustín: “*Roma locuta, causa finita*”.

¡Qué actualidad las célebres “**Reglas para sentir con la Iglesia**” que San Ignacio de Loyola nos dejó escritas en sus **Ejercicios Espirituales**!

¡Hoy, para tener “status”, hay que criticar, enmendar la plana y pedir explicaciones al Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo! ¡faltaba más!

Estos deplorables acontecimientos (y otros de menor importancia) han contribuido a que saliera a la luz pública la **crisis** profunda, enquistada en ciertos sectores de la misma Iglesia; crisis aprovechada obviamente por los **gobiernos** corruptos, contranatura y contra la Iglesia de Cristo, que seguimos soportando, como los primeros cristianos y numerosos mártires durante el Imperio Romano, “nadando contracorriente”.

Queridos hijos e hijas de nuestra Fundación C. R.: redoblemos nuestras oraciones y penitencias por nuestro amadísimo Santo Padre, ¡a quien tanto debemos y a quien tanto necesitamos!

Sigamos adelante, con fe, ardor y alegría, apretando filas bajo el estandarte de la **Cruz redentora**, comprometidos en la extensión y consolidación del **Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo** con la mediación de la Santísima Virgen María.

No olvidemos nunca la recomendación de Martín Lutero: “**Ante todo, el odio al Romano Pontífice**”.

¡Qué bien lo sabe y lo hace **el Diablo!**

Santa Cuaresma y feliz Pascua de Resurrección, os desea, con su bendición,

R.P. José Luis Torres-Pardo  
Superior del Instituto Cristo Rey

---

## ***CARTA SOBRE REMISIÓN DE EXCOMUNION A LOS OBISPOS DE LEFEBVRE***

Queridos Hermanos en el ministerio episcopal

La remisión de la excomunión a los cuatro Obispos consagrados en el año 1988 por el Arzobispo Lefebvre sin mandato de la Santa Sede, ha suscitado por múltiples razones dentro y fuera de la Iglesia católica una discusión de una vehemencia como no se había visto desde hace mucho tiempo. Muchos Obispos se han sentido perplejos ante un acontecimiento sucedido inesperadamente y difícil de encuadrar positivamente en las cuestiones y tareas de la Iglesia de hoy. A pesar de que muchos Obispos y fieles estaban dispuestos en principio a considerar favorablemente la disposición del Papa a la reconciliación, a ello se contraponía sin embargo la cuestión sobre la conveniencia de dicho gesto ante las verdaderas urgencias de una vida de fe en nuestro tiempo. Algunos grupos, en cambio, acusaban abiertamente al Papa de querer volver atrás, hasta antes del Concilio. Se desencadenó así una avalancha de protestas, cuya amargura mostraba heridas que se remontaban más allá de este momento. Por eso, me siento impulsado a dirigiros a vosotros, queridos Hermanos, una palabra clarificadora, que debe ayudar a comprender las intenciones que me han guiado en esta iniciativa, a mí y a los organismos competentes de la Santa Sede. Espero contribuir de este modo a la paz en la Iglesia.

Una contrariedad para mí imprevisible fue el hecho de que el caso Williamson se sobrepusiera a la remisión de la excomunión. El gesto discreto de misericordia hacia los cuatro Obispos, ordenados válidamente pero no legítimamente, apareció de manera inesperada como algo totalmente diverso: como la negación de la reconciliación entre cristianos y judíos y, por tanto, como la revocación de lo que en esta materia el Concilio había aclarado para el camino de la Iglesia. Una invitación a la reconciliación con un grupo eclesial implicado en un proceso de separación, se transformó así en su contrario: un aparente volver atrás respecto a todos los pasos de reconciliación entre los cristianos y judíos que se han dado a partir del Concilio, pasos compartidos y promovidos desde el inicio como un objetivo de mi trabajo personal teológico. Que esta superposición de dos procesos contrapuestos haya sucedido y, durante un tiempo haya enturbiado la paz entre cristianos y judíos, así como también la paz dentro de la Iglesia, es algo que sólo puedo lamentar profundamente. Me han dicho que seguir con atención las noticias accesibles por Internet habría dado la posibilidad de conocer tempestivamente el problema. De ello saco la lección de que, en el futuro, en la Santa Sede deberemos prestar más atención a esta fuente de noticias. Me ha entristecido el hecho de que también los católicos, que en el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado deberme herir con una hostilidad dispuesta al ataque. Justamente por esto doy gracias a los amigos judíos que han ayudado a deshacer rápidamente el malentendido y a restablecer la atmósfera de amistad y confianza que, como en el tiempo del Papa Juan Pablo II, también ha habido durante todo el período de mi Pontificado y, gracias a Dios, sigue habiendo.

Otro desacierto, del cual me lamento sinceramente, consiste en el hecho de que el alcance y los límites de la iniciativa del 21 de enero de 2009 no se hayan ilustrado de modo suficientemente claro en el momento de su publicación. La excomunión afecta a las personas, no a las instituciones. Una ordenación episcopal sin el mandato pontificio significa el peligro de un cisma, porque cuestiona la unidad del colegio episcopal con el Papa. Por esto, la Iglesia debe reaccionar con la sanción más dura, la excomunión, con el

fin de llamar a las personas sancionadas de este modo al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad. Por desgracia, veinte años después de la ordenación, este objetivo no se ha alcanzado todavía. La remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio. Con esto vuelvo a la distinción entre persona e institución. La remisión de la excomunión ha sido un procedimiento en el ámbito de la disciplina eclesiástica: las personas venían liberadas del peso de conciencia provocado por la sanción eclesiástica más grave. Hay que distinguir este ámbito disciplinar del ámbito doctrinal. El hecho de que la Fraternidad San Pío X no posea una posición canónica en la Iglesia, no se basa al fin y al cabo en razones disciplinarias sino doctrinales. Hasta que la Fraternidad no tenga una posición canónica en la Iglesia, tampoco sus ministros ejercen ministerios legítimos en la Iglesia. Por tanto, es preciso distinguir entre el plano disciplinar, que concierne a las personas en cuanto tales, y el plano doctrinal, en el que entran en juego el ministerio y la institución. Para precisarlo una vez más: hasta que las cuestiones relativas a la doctrina no se aclaren, la Fraternidad no tiene ningún estado canónico en la Iglesia, y sus ministros, no obstante hayan sido liberados de la sanción eclesiástica, no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia.

A la luz de esta situación, tengo la intención de asociar próximamente la Pontificia Comisión "Ecclesia Dei", institución competente desde 1988 para esas comunidades y personas que, proviniendo de la Fraternidad San Pío X o de agrupaciones similares, quieren regresar a la plena comunión con el Papa, con la Congregación para la Doctrina de la Fe. Con esto se aclara que los problemas que deben ser tratados ahora son de naturaleza esencialmente doctrinal, y se refieren sobre todo a la aceptación del Concilio Vaticano II y del magisterio postconciliar de los Papas. Los organismos colegiales con los cuales la Congregación estudia las cuestiones que se presentan (especialmente la habitual reunión de los Cardenales el miércoles y la Plenaria anual o bienal) garantizan la implicación de los Prefectos de varias Congregaciones romanas y de los representantes del Episcopado mundial en las decisiones que se hayan de tomar. No se puede congelar la autoridad magisterial de la Iglesia al año 1962, lo cual debe quedar bien claro a la Fraternidad. Pero a algunos de los que se muestran como grandes defensores del Concilio se les debe recordar también que el Vaticano II lleva consigo toda la historia doctrinal de la Iglesia. Quien quiere ser obediente al Concilio, debe aceptar la fe profesada en el curso de los siglos y no puede cortar las raíces de las que el árbol vive.

Espero, queridos Hermanos, que con esto quede claro el significado positivo, como también sus límites, de la iniciativa del 21 de enero de 2009. Sin embargo, queda ahora la cuestión: ¿Era necesaria tal iniciativa? ¿Constituía realmente una prioridad? ¿No hay cosas mucho más importantes? Ciertamente hay cosas más importantes y urgentes. Creo haber señalado las prioridades de mi Pontificado en los discursos que pronuncié en sus comienzos. Lo que dije entonces sigue siendo de manera inalterable mi línea directiva. La primera prioridad para el Sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: "Tú... confirma a tus hermanos" (Lc 22,32). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera Carta: "Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (1 Pe 3,15). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios

en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13,1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto.

Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: Ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo. De esto se deriva, como consecuencia lógica, que debemos tener muy presente la unidad de los creyentes. En efecto, su discordia, su contraposición interna, pone en duda la credibilidad de su hablar de Dios. Por eso, el esfuerzo con miras al testimonio común de fe de los cristianos -al ecumenismo- está incluido en la prioridad suprema. A esto se añade la necesidad de que todos los que creen en Dios busquen juntos la paz, intenten acercarse unos a otros, para caminar juntos, incluso en la diversidad de su imagen de Dios, hacia la fuente de la Luz. En esto consiste el diálogo interreligioso. Quien anuncia a Dios como Amor "hasta el extremo" debe dar testimonio del amor. Dedicarse con amor a los que sufren, rechazar el odio y la enemistad, es la dimensión social de la fe cristiana, de la que hablé en la Encíclica *Deus caritas est*.

Por tanto, si el compromiso laborioso por la fe, por la esperanza y el amor en el mundo es en estos momentos (y, de modos diversos, siempre) la auténtica prioridad para la Iglesia, entonces también forman parte de ella las reconciliaciones pequeñas y medianas. Que el humilde gesto de una mano tendida haya dado lugar a un revuelo tan grande, convirtiéndose precisamente así en lo contrario de una reconciliación, es un hecho del que debemos tomar nota. Pero ahora me pregunto: ¿Era y es realmente una equivocación, también en este caso, salir al encuentro del hermano que "tiene quejas contra ti" (cf. Mt 5,23s) y buscar la reconciliación? ¿Acaso la sociedad civil no debe intentar también prevenir las radicalizaciones y reintegrar a sus eventuales partidarios -en la medida de lo posible- en las grandes fuerzas que plasman la vida social, para evitar su segregación con todas sus consecuencias? ¿Puede ser totalmente desacertado el comprometerse en la disolución de las rigideces y restricciones, para dar espacio a lo que haya de positivo y recuperable para el conjunto? Yo mismo he visto en los años posteriores a 1988 cómo, mediante el regreso de comunidades separadas anteriormente de Roma, ha cambiado su clima interior; cómo el regreso a la gran y amplia Iglesia común ha hecho superar posiciones unilaterales y ablandado rigideces, de modo que luego han surgido fuerzas positivas para el conjunto. ¿Puede dejarnos totalmente indiferentes una comunidad en la cual hay 491 sacerdotes, 215 seminaristas, 6 seminarios, 88 escuelas, 2 institutos universitarios, 117 hermanos, 164 hermanas y millares de fieles? ¿Debemos realmente dejarlos tranquilamente ir a la deriva lejos de la Iglesia? Pienso por ejemplo en los 491 sacerdotes. No podemos conocer la trama de sus motivaciones. Sin embargo, creo que no se hubieran decidido por el sacerdocio si, junto a varios elementos distorsionados y enfermos, no existiera el amor por Cristo y la voluntad de anunciarlo y, con Él, al Dios vivo. ¿Podemos simplemente excluirlos, como representantes de un grupo marginal radical, de la búsqueda de la reconciliación y de la unidad? ¿Qué será de ellos luego?

Ciertamente, desde hace mucho tiempo y después una y otra vez, en esta ocasión concreta hemos escuchado de representantes de esa comunidad muchas cosas fuera de tono: soberbia y presunción, obcecaciones sobre unilateralismos, etc. Por amor a la verdad, debo

añadir que he recibido también una serie de impresionantes testimonios de gratitud, en los cuales se percibía una apertura de los corazones. ¿Acaso no debe la gran Iglesia permitirse ser también generosa, siendo consciente de la envergadura que posee; en la certeza de la promesa que le ha sido confiada? ¿No debemos como buenos educadores ser capaces también de dejar de fijarnos en diversas cosas no buenas y apresurarnos a salir fuera de las estrecheces? ¿Y acaso no debemos admitir que también en el ámbito eclesial se ha dado alguna salida de tono? A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia alguna; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele -en este caso el Papa- también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas.

Queridos Hermanos, por circunstancias fortuitas, en los días en que me vino a la mente escribir esta carta, tuve que interpretar y comentar en el Seminario Romano el texto de Ga 5,13-15. Percibí con sorpresa la inmediatez con que estas frases nos hablan del momento actual: "No una libertad para que se aproveche el egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se concentra en esta frase: "Amarás al prójimo como a ti mismo". Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruirnos mutuamente". Siempre fui propenso a considerar esta frase como una de las exageraciones retóricas que a menudo se encuentran en San Pablo. Bajo ciertos aspectos puede ser también así. Pero desgraciadamente este "morder y devorar" existe también hoy en la Iglesia como expresión de una libertad mal interpretada. ¿Sorprende acaso que tampoco nosotros seamos mejores que los Gálatas? Que ¿quizás estemos amenazados por las mismas tentaciones? ¿Que debemos aprender nuevamente el justo uso de la libertad? ¿Y que una y otra vez debemos aprender la prioridad suprema: el amor? En el día en que hablé de esto en el Seminario Mayor, en Roma se celebraba la fiesta de la Virgen de la Confianza. En efecto, María nos enseña la confianza. Ella nos conduce al Hijo, del cual todos nosotros podemos fiarnos. Él nos guiará, incluso en tiempos turbulentos. De este modo, quisiera dar las gracias de corazón a todos los numerosos Obispos que en este tiempo me han dado pruebas conmovedoras de confianza y de afecto y, sobre todo, me han asegurado sus oraciones. Este agradecimiento sirve también para todos los fieles que en este tiempo me han dado prueba de su fidelidad intacta al Sucesor de San Pedro. El Señor nos proteja a todos nosotros y nos conduzca por la vía de la paz. Es un deseo que me brota espontáneo del corazón al comienzo de esta Cuaresma, que es un tiempo litúrgico particularmente favorable a la purificación interior y que nos invita a todos a mirar con esperanza renovada al horizonte luminoso de la Pascua.

Con una especial bendición apostólica me confirmo.

Benedicto XVI- pp  
*Vaticano, 10 de marzo de 2009*

---



A S. S. Benedicto XVI

Sumo Pontífice

Ciudad del Vaticano

---

Roldán, (R. A.), 13 de marzo de 2009.

Amadísimo Santo Padre:

Soy un sacerdote perteneciente al Instituto “Cristo Rey” (residente en la Argentina), autor del libro: “La luz brilla en las tinieblas”, que envié a S.S. apenas publicado.

Después de leer su magnífica y oportuna “**Carta a los Obispos de la Iglesia Católica**”, sobre la remisión de la excomunión a los cuatro obispos consagrados en el año 1.988 por el Arzobispo Lefebvre, me apresuro (junto con los numerosos miembros de nuestra Obra) a hacer llegar a S. S. nuestra filial cercanía y plena adhesión; agradecer a S. S. todas y cada una de sus palabras, tan dolorosas como inspiradas, en este momento tan crítico, por el que atraviesan no pocos y calificados Pastores de nuestra Santa Madre Iglesia; y, finalmente, asegurar a S. S. nuestras continuas oraciones para que Jesús, por intercesión de la Virgen Santísima, siga iluminando, sosteniendo y consolando a S. S., aliviando la pesadísima cruz del Pontificado que pesa sobre sus cansados hombros...

Santo Padre: ¡¡le necesitamos más que nunca!!

Son innumerables las almas sencillas y anónimas “sin voz ni voto”, que aman a S. S. y reciben con sumisión y alegría todo lo que procede de su gran sabiduría, profunda vida espiritual y paternal corazón, al mismo tiempo que su santo coraje y valentía para decir **la verdad**, al precio de ser criticado y atacado vergonzosa y despiadadamente por “lobos vestidos de ovejas”...

Pide su bendición pastoral este humilde hijo y servidor “incondicional”, que tanto le ama, le debe y le necesita, en el Corazón traspasado de Jesús Rey, junto a María, nuestra dulce Madre.

R.P. José Luis Torres-Pardo C.R.  
Superior del Instituto Cristo Rey



**Por el triunfo de Cristo Rey  
en el Corazón Inmaculado de María  
al servicio de la Santa Madre Iglesia**

---

Si desea comunicarse con "El Camino", escriba a: <http://www.cristorey.org/contacto.htm>  
Los números ya publicados pueden consultarse en nuestra web: [www.cristorey.org/elcamino](http://www.cristorey.org/elcamino)

Para darse de ALTA mande un e-mail a "[listas@cristorey.org](mailto:listas@cristorey.org)" con el siguiente texto en el cuerpo del mensaje: **subscribe camino Nombre Apellido Ciudad** (Ejemplo: **subscribe camino Juan Perez de Buenos Aires**). El asunto debe quedar en blanco.

Para darse de BAJA mande un e-mail a "[listas@cristorey.org](mailto:listas@cristorey.org)" con el siguiente texto en el cuerpo del mensaje: **unsubscribe camino Nombre Apellido Ciudad** (Ejemplo: **unsubscribe camino Juan Perez de Buenos Aires**)

---

*Director de "El Camino":* P. Gustavo Martín Mántaras CR  
**Casa Madre del Instituto Cristo Rey**  
Talacasto 113 S2134DFC ROLDÁN (Santa Fe) Argentina  
Tel/fax: (0341) 496-1391  
[www.cristorey.org](http://www.cristorey.org)

---

Este correo electrónico es confidencial y de uso exclusivo del destinatario. Su contenido no debe ser revelado a terceros. En el caso de que usted no sea el destinatario, por favor notificar al remitente inmediatamente.

This E-mail is confidential and intended for the exclusive use of the addressee(s) only. You should not disclose its contents to any other person. If you are not the intended recipient please notify the sender immediately.